

dome con los conocimientos necesarios al efecto y para tan delicado trabajo. Me pidió que lo dejase sobre la mesa.

Le enseñé así mismo el borrador de la Proclama militar á las tropas, que debía aparecer firmada por el Brigadier Barradas. Su redaccion fué esclusivamente mía; yo estaba acostumbrado á escribirlas con el Empecinado, y me creia competente en la materia.

El dia siguiente por la mañana pasé á Palacio, y el Sr. Vives me hizo sentar á su lado y en la mesa del despacho, y me dijo: «la proclama está buena y bien escrita, pero sin embargo le falta algo. Coja V. la pluma y escriba V. algunos variantes que conviene hacer.» Escribí bajo el dictado del Sr. Vives por apuntes que había hecho, á sus solas. Se la leí íntegra, y me dijo: «está perfectamente, y ahora corra V. con la impresion, y cuidado que no tenga falta ninguna.»

En la imprenta donde yo trabajaba, se compuso el molde, se corrigieron las pruebas y tiraron dos ejemplares, que se los llebé al General para que los biese y leídos se mandó que se tirasen dos mil ejemplares.

De la proclama militar se tiraron mil ejemplares, y el Sr. Laborde me felicitó mucho, así como su segundo el Sr. Chacón, por aquel trabajo, de los que se encontrarán ejemplares entre mis papeles.

El Capitán General Vives, debió de haber enterado al Brigadier Barradas de todas las particularidades del Reverendo P. Bringas, porque me pidió noticias acerca de dicho Padre y el gran prestigio que tenía en el reyno de Méjico, con especialidad con los indios y las castas de los negros.

Con verdad le informé de todas las circunstancias recomendables de que estaba adornado dicho religioso, y que sus sentimientos eran los de un verdadero español.

Entonces me dijo Barradas: «nos puede ser muy útil en la expedicion.» Le respondí que «sí, y que además sería muy conveniente por sus luces y consejos.» «Entonces, véase V. con él, de mi parte, é inclínele V. á que nos acompañe.» «Lo haré como V. lo desea, y dentro de dos horas me tiene V. aquí con la respuesta.»

Cogí el camino del Convento, y subí á la celda del Religioso, que se alegró mucho de verme, despues de muchos días que no me había visto. Espúsele mi embajada, y me respondió dándome un apretón de abrazos: «A pesar de mis años,

de mis achaques, haré lo que V. me proponga, siempre que Vd. sea de la partida.» Le aseguré que en efecto iba en la expedicion y el caracter que llevaba. «Estoy corriente y ocho misioneros que han venido conmigo de Méjico, no tenemos que hacer preparativo ninguno; no tenemos más que coger nuestros bordonos y embarcarnos.» Le dí las gracias, y me volví á la posada de Barradas.

Este, luego que me vió, me dijo: «tan pronto está Vd. de vuelta, lo que me da mala espina, ó mejor dicho, que ha tenido mal éxito en su comision.» «Todo lo contrario, el Padre Bringas está en corriente y los ocho religiosos misioneros de Querétaro y Orizaba, y esperan sus órdenes de V. para embarcarse.» Se alegró mucho, y me pidió que le acompañase en aquel mismo instante para dar las gracias al Padre Bringas y á los religiosos.

En efecto, Barradas y yo nos presentamos en el convento, y me es imposible pintar ni describir la emocion que causó en el Brigadier el aspecto de aquel venerable anciano, sus canas, su estenuacion y al mismo tiempo la energía con que habló. Fué tal la sensación que le causaron al Brigadier las palabras evangélicas y patrióticas que le pronunció, que de repente se postró de rodillas llorando, como una muger, y le besó los piés. El religioso se bajó y le tomó por el brazo, para que se levantara. Entónces hizo salir de sus celdas á los ocho misioneros, que fueron presentados al Brigadier. Este les ofreció dinero y cuanto necesitasen, y nos volvimos al alojamiento.

En el camino me dijo: «¡Qué hombre, ese religioso! ¡Es un santo y lo que sabe! Me ha conmovido su discurso, y así no es extraño que tenga tanta nombradía con aquellas gentes de Méjico.»





de mis amigos, pero lo que V. me propuso, siempre me  
le sea de la partida. Le aseguro que en todo lo que me  
pedición y el carácter que llevaba. Estos caracteres y otros  
misioneros que han venido contra de Méjico, no tenemos  
que hacer preparativos algunos no sabemos más que cosas  
nuestros hombres y embarcaciones. Le he de las cosas y me  
volví á la posada de Barradas.

Este lunes por las diez de la noche vino el Sr. de  
vuelto, lo que me da mucha esperanza de mejor destino. Le  
nido así y esto en su comisión. Le he de contar el Sr. de  
Bringas está en camino y los otros religiosos misioneros de  
Guatemala y Orizaba y esperan sus órdenes. Le he de  
partir. Se hizo mucho ruido y me pidió que le acompañara  
en aquel mismo instante para dar las gracias al Sr. de  
gas y á los religiosos.

En efecto, Barradas y yo nos presentamos en el convento  
y antes de salir se dio un discurso de despedida. En el  
en el Brigadier el aspecto de aquel sacerdote anciano, sus ca-  
nas, su estatura y al mismo tiempo la energía con que ha-  
bla. Fue la sensación que me causó al Brigadier hasta  
lugar extraño y particular que le pronunció, que de no  
punto se volvió turbado de repente como una mujer y le  
besó los pies. El religioso se bajó y le tomó por el brazo pa-  
ra que se levantara. El otro hizo salir de sus celos á los  
otros misioneros, que fueron presentados al Brigadier. Esta  
les ofreció lo que y cuanto necesitaban y nos volvimos al Mo-  
jamiento.

En el camino me dijo: «¿Qué hombre, ese religioso? Es  
un santo y lo que sabe. Me ha conmovido su discurso y así  
no es extraño que se haya caído en las manos con aquellas gentes  
de Méjico.»

EMBARQUE

DE LA

Expedición de Barradas para la Nueva España

En el Puerto de la Habana, en Julio de 1829.

Corrientes los transportes y la Marina de Guerra, el Briga-  
dier Barradas comunicó las órdenes oportunas para que de  
Guanabacoa bajasen todas las tropas al pueblo de Regla. Con-  
forme iban llegando, se embarcaban en los transportes que  
estaban designados. La víspera se embarcaron todas las tro-  
pas, municiones de boca y guerra.

A las diez de la mañana lo hizo el Brigadier Barradas,  
acompañado del Gefe del Estado Mayor, el P. Bringas y yo.  
La expedición se hizo á la vela en los primeros días de Julio,  
y salimos del Morro á alta mar.

Ordenado el comboy, en virtud de un plan de señales, to-  
mamos el rumbo de Méjico.

Yo no sabia á punto fijo á dónde nos diríamos, porque  
Vives y Barradas guardaron el mayor secreto; y yo, por mi  
parte, con estudio no les quise preguntar nada.

Mas salidos del Morro, estando solos en la cámara del Na-  
vío «Soberano» el Brigadier Barradas, el Gefe del Estado Ma-  
yor, el Padre Bringas y yó, encarándome con el Brigadier,  
me atreví á decirle: «En tierra han guardado Ustedes la ma-  
yor reserva conmigo, sin decirme á qué punto de Méjico nos  
ibamos á dirigir; de ello no tengo la mayor queja; mas ahora  
que hemos salido del puerto y nos encontramos en alta mar,  
quisiera que V. me dijese á dónde marchamos.» «A Tampico  
de Tamaulipas,» me respondió Barradas.

«Siendo así, me atreví á decirle que vamos vendidos; y la  
prueba está en lo que me han rogado en la Habana: «aconseje  
V. que marche á Tampico.» Aquel es el punto más mal sano



de toda la costa ahora que van á principiar las aguas, que ataca á los Europeos la fiebre amarilla y las calenturas estacionales. Para ir sobre Méjico, tenemos que ir por despoblados, sin ningun recurso, victimas del hambre y del plomo enemigo. Como he propuesto á Vd. desde un principio en la Habana, atendiendo á la cortedad de las fuerzas que llevamos, la prudencia aconseja que nos dirijamos á Yucatan, que podemos ocupar la provincia con la mayor facilidad, y bajo un buen sistema militar, organizar el ejército con las fuerzas que deben venir de España. En Yucatán no debemos temer al enemigo, porque el que es dueño del mar, lo es de aquella provincia, que está tan cercana de la Isla de Cuba, y con nuestras fuerzas útiles, emprender operaciones sobre Veracruz y aun Tampico. Ahora es tiempo de enmendar el plan tan mal concebido de Tampico, y salvar estas tropas de una muerte cierta.» Barradas quedó absorto, y no hacia más que mirarme y á Salas, y de repente dirigiéndose al P. Bringas, le preguntó lo que le parecía de mi discurso. El P. Bringas le respondió que «perfectamente hablado; que era exacto cuanto habia dicho, y que como práctico y conocedor del terreno de Tamaulipas y las orillas del río Pánuco, era inevitable la ruina de la vanguardia, en pais tan pobre y tan insalubre, que aun los naturales se ven atacados de calenturas, por los muchos pantanos y lagunas de que está anegado el pais. Oido por el Brigadier las justas reflexiones de un hombre tan práctico y conocedor de las tierras que íbamos á pisar, principió á pasearse solo en la Cámara, y precipitadamente, y parándose derepente, nos dijo: «subamos sobre cubierta á tomar el fresco, que me abraso de calor. Voy de aquí á una hora á reunir un Consejo de los Marinos, para tomar parecer, porque principio á sospechar, lo mismo que recela Aviraneta, de que vamos vendidos.»

Subimos sobre cubierta, nos separamos el P. Bringas y yo, y Barradas y el Gefe de Estado Mayor, se encaminaron á Proa, donde estaban sentados, Laborde su segundo, Chacon y el mayor general Garnica.

Les miramos y conocimos desde luego que estaban tratando de la sesion que habiamos tenido en la cámara «¿Qué le parece á V. amigo mio, me preguntó el religioso, que cambiaremos de rumbo?» «Es muy tarde, veo que es casi imposible se barié de un plan acordado en Consejo de Autorida-

des principales de la Isla, y del que se habrá dado cuenta al ministerio de la guerra, al de marina, y por la via reservada al Rey, por el mismo Barradas.»

Este, Laborde, Chacon y Garnica, bajaron á la Cámara, y estuvieron encerrados como un cuarto de hora, y los tres últimos subieron sobre cubierta, quedando Barradas solo en la Cámara. Llamó á Salas, y despues de un rato, lo fuimos igualmente el P. Bringas y yo. Barradas estaba muy triste y con aire compungido nos dijo: «hemos tratado de la variacion de plan y de rumbo de la espedicion, entre Laborde, Chacon y el mayor Garnica, nos dijo Barradas, (*sic*) y han decidido el punto como imposible de realizarse, á la altura en que estamos y hace pocas horas que hemos salido del Puerto, y que de variarse de rumbo, le haria respónsable el Gobierno al Comandante general de Marina, que se conformó con lo resuelto en la Habana por la Junta de autoridades, á cuya decision se sometió el Gefe de la espedicion y á la designacion del punto de desembarco.»

«Que sólo despues de haber tocado las costas de Méjico, y ser imposible realizar el desembarco por un temporal que hiciese imposible realizar el desembarco, (*sic*) ó porque la fuerza enemiga lo impidiese, serian causas bastantes, para cambiar de rumbo y dirigirse á la sonda de Campeche, y hacer el desembarco en la costa de Yucatan.»

Y poniéndose las manos en la cabeza, nos repitió: «ya ven Vds. que es imposible variar de rumbo.» El P. Bringas y yo, permanecemos mudos. Viendo Barradas nuestro silencio, me dijo precipitadamente: «hable V. y diga su parecer.» «Lo que ha decidido la Junta no tiene respuesta, y lo acordado es necesario poner en ejecucion. V. se cortó la cabeza, con haberse sugetado á la Junta de autoridades de la Habana en un plan de operaciones y en el punto que aquella decidió, de acuerdo con V. mismo, debia hacer el desembarco.» «Tiene V. razon Aviraneta, yo mismo me até las manos.»

«Puesto que esto no tiene remedio, les digo, vamos adelante.»

Barradas se habia puesto de un humor insufrible, con todos reñia y no habia medio de hacerle tratable. Con Laborde tubo grandes desazones, y un dia en la mesa se tiraron los platos á la cara.

De este modo navegamos tres dias, hasta el cuarto que



llegamos sobre el anochecer, sobre la sonda de Campeche. Derepente el barometro bajó y anunció tormenta. La Marina tomó sus medidas de precaucion y por el plan de señales se avisó y mandó á toda la escuadra y transportes, que en el caso que se declarase la tempestad y dispersase el comboy, la reunion deberia ser en la Isla de Lobos.

La tempestad no se hizo esperar: momentos despues de comunicadas las órdenes, rompió con la mayor furia, uno de aquellos temporales repentinos, que sólo en los trópicos se vén. Se recogieron velas y á palo seco, fueron juguete de las olas, y del furioso viento que soplaba, las naves dispersas.

El mayor de la armada, el Sr. Garnica, gran astrónomo y marino consumado, hacia sus observaciones, por medio de los astros; yo estaba á su lado, y sobre las doce de la noche, despues que hizo la observacion y los cálculos á la luz de una linterna, que tenia yo en la mano, entregó los instrumentos á las guardias marinas que estaban á nuestro lado, y acercándose á mi, me dijo al oido: «estamos sobre los *alacranes*, en el mayor peligro, en un cuarto de hora ó nos perdemos ó nos salvamos. Voy al timonel á anunciar el próximo peligro en que estamos, al comandante general y su segundo, que estaban vigilando la rueda del timon: vengase V. conmigo.» En efectó, tomó el timon, y habló con sus superiores y comenzó á maniobrar para alejar el navio del peligro en que estaba, y despues de media hora, encomendando el timon al Sr. Chacon, para que inclinase el navio siempre al norte, se volvió á sus observaciones: á las dos de la mañana, hizo otra observacion muy buena, y acabados sus cálculos, dió un salto diciéndo: «estamos salvados,» y marchó de nuevo donde estaba el Señor Laborde, y le anunció la buena noticia. Se apoderó de nuevo de la direccion del timon y mandó estender los velachos y á poco una vela mayor, é hizo marchar con la mayor velocidad al navio, siempre en rumbo del norte, y cada vez aflojaba más el viento, y conoció que el temporal cejaba, porque rompía en una lluvia copiosa. Para cerciorarse de esta verdad, bajó á la cámara á examinar el barómetro y vió que subia con rapidez. Buelto al timon nos anunció que el temporal cedia y que antes de dos horas el tiempo se serenaria, como en efecto asi sucedió. A las cuátro rompió el dia, cesaron las lluvias y el viento se

calmo. Salió el sol radiante y el mar se fue sosegando. Todos los que por la noche estuvimos taciturnos, y temblorosos de miedo, nos pusimos de buen humor y almorzamos con bu en apetito.

A las cinco de la mañana mandó el Sr. Laborde que el Navio dirigiese su rumbo para la Isla de Lobos, á la que llegamos por la tarde, y encontramos anclado un bergantín de Guerra del Comboy. Poco á poco fueron llegando todos los transportes, ménos una gran fragata mercante que conducia un batallon. Se le esperó hasta la noche, pero inutilmente, no llegaba, y el Sr. Laborde mandó lebar anclas y que siguiésemos el rumbo del Rio Pánuco.

Con viento fresco navegamos, dos dias, hasta el tercero por la mañana que pasamos frente á la punta de Jerez el 26 de Julio. Hacía un tiempo muy hermoso, el mar estaba muy sosegado y se mandó echar anclas.

